

La luz de la Reina

Lumen

Reinado 
de María

Reginae

N.31 - NOVIEMBRE 2022

“La Eternidad”

ALMA MARIANA

**“San Marcelino
Champagnat”**

TESTIGOS DE LA INMACULADA

“Las Bienaventuranzas”

REINADO DE CRISTO



Y la llamaron

MILAGROSA



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 31
Noviembre 2022

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMar%C3%ADaDaRM

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

Madre Inmaculada



07

ALMA MARIANA

María vivió la confianza sin límite en Dios



08

VICTORIAS DE MARÍA

¡El amor siempre triunfa!



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

¡MARÍA!... Ella es nuestro recurso ordinario



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

El rezo del Santo Rosario en familia para salvar
a la familia



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Consagración, camino para la santidad



16

REINADO DE CRISTO

“Bienaventurados los pobres en el espíritu...”



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

Por Cristo al Padre





“HAZ ACUÑAR UNA MEDALLA SEGÚN ESTE MODELO...”

...Y la llamaron *Milagrosa!*

Entre las medallas marianas destaca la denominada «Medalla Milagrosa», que celebramos el 27 de noviembre. Tuvo su origen en las apariciones de la Virgen María, en 1830, a una humilde novicia de las Hijas de la Caridad, Santa Catalina Labouré. La Medalla, acuñada conforme a las indicaciones de la Santísima Virgen a la Santa, recuerda el misterio de la Redención, el amor del Corazón de Cristo y del Corazón doloroso de María, la función mediadora de la Virgen, el misterio de la Iglesia, la relación entre la tierra y el cielo, entre la vida temporal y la vida eterna.

El mensaje principal de estas apariciones fue presentar al mundo una medalla en que la Virgen aparece como Inmaculada, Reina, Corredentora y Mediadora de las Gracias.

«Haz acuñar una medalla según este modelo; todas las personas que la llevarán consigo, recibirán grandes gracias, especialmente llevándola en el cuello; las gracias serán abundantes para las personas que la lleven consigo con confianza», dijo la Virgen.

En sus dos caras se refleja el mensaje esencial del Misterio de la Salvación y el signo de la protección maternal de María:

En el anverso, María Inmaculada, mensajera de la ternura de Dios, se muestra en pie. Viene

hacia nosotros con las manos abiertas y en actitud de acogida. María es la sin pecado. Por eso aplasta la cabeza de la serpiente. Se lee una oración: *«Oh María sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos»*. Nos da a conocer que es la Inmaculada Concepción.

En el reverso, se simboliza el proyecto de amor de Dios hacia los hombres. La M coronada por la Cruz: María está íntimamente unida al misterio de la Pasión y de la Cruz de su Hijo, desde el Pesebre hasta el Calvario. Dos corazones: el de Jesús y el de María, representan la fuerza del amor que llega hasta la entrega total. María entró plenamente en ese Misterio de Amor de nuestra redención. Y doce estrellas: Jesús estableció su Iglesia sobre

el fundamento de Pedro y sus Apóstoles.

Recurramos confiadamente a Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa en todos los momentos de nuestra vida: *«Ésta es tu hora, oh María, la hora de tu bondad inagotable, de tu misericordia triunfante, la hora en la cual hiciste brotar, por medio de tu Medalla, aquel torrente de gracias y de prodigios que inundó la tierra. Haz, oh Madre, que esta hora que te recuerda la dulce conmoción de Tu Corazón, que te movió a venirnos a visitar y a traernos el remedio de tantos males, haz que esta hora sea también nuestra hora, la hora de nuestra sincera conversión, y la hora en que sean escuchados plenamente nuestros deseos»*.

Madre Inmaculada

LA INMACULADA CONCEPCIÓN (I)

La Santísima Virgen María fue, por especial privilegio de Dios, enteramente inmune durante toda su vida de todo pecado actual, incluso levísimo. Fue enteramente libre de la inclinación al pecado, desde el primer instante de su concepción inmaculada.

En el orden cronológico, el primero de los grandes privilegios concedidos por Dios a la Santísima Virgen María, en atención a su futura maternidad divina, fue el singularísimo de su concepción inmaculada y de la plenitud de gracia con que fue enriquecida su alma en el primer instante de su ser natural.

En este número explicaremos el dogma de la Inmaculada Concepción y en el próximo consideraremos la plenitud de gracia y de gloria con que Dios la enriqueció.

El Beato Papa Pío IX definió el dogma de la Inmaculada el 8 de diciembre de 1854 en la bula *Ineffabilis Deus*: «Para honor de la santa e individua Trinidad, para gloria y ornamento de la Virgen Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y aumento de la cristiana religión, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados

apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra propia, declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María, en el primer instante de su concepción, por gracia y privilegio singular de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano, fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original, ha sido revelada por Dios y por tanto, debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles».

Siglos enteros necesitó la pobre razón humana para hallar el modo de concordar la concepción inmaculada de María con el dogma de la Redención universal de Cristo, que afecta a todos los descendientes de Adán, sin excepción alguna para nadie, ni siquiera para la Madre de Dios. Pero, por fin, se hizo la luz, y la armonía entre los dos dogmas apareció con claridad des-

lumbradora. De dos maneras, en efecto, se puede redimir a un cautivo: pagando el precio de su rescate para sacarlo del cautiverio en el que ya ha incurrido (redención *liberativa*) o pagándolo *anticipadamente*, impidiéndole con ello caer en el cautiverio (redención *preventiva*). Se trata de una verdadera y propia redención, más auténtica y profunda todavía que la primera, y es la que se aplicó a la Santísima Virgen María. Dios omnipotente, previendo desde toda la eternidad los méritos infinitos de Jesucristo Redentor rescatando al género humano con su sangre preciosísima, derramada en la cruz, *aceptó anticipadamente el precio de ese rescate* y lo aplicó a la Virgen María en forma de redención *preventiva*, impidiéndola contraer el pecado original, que, como criatura humana descendiente de Adán por vía de generación natural, *debía* contraer y hubiese contraído de hecho sin ese privilegio preservativo. Con lo cual la Virgen María recibió de lleno la redención de Cristo —más que ningún otro redimido— y fue, a la vez, concebida en gracia, sin la menor sombra del pecado original.

Pensemos: ¿La Reina de los ángeles bajo la tiranía del demonio, vencido por ellos?

¿Mediadora de la reconciliación y enemiga de Dios un solo instante?

¿Eva, que nos perdió, fue creada en gracia y justicia original, y María, que nos salvó, fue concebida en pecado?

¿La sangre de Jesús brotando de un manantial manchado?

¿La Madre de Dios esclava de Satanás? ¡IMPOSIBLE!

Enemistades eternas

Los muchos millares de millones descendientes de Adán, todos nacemos con la mancha del pecado original cometido por nuestros primeros Padres.

Después de ese primer pecado, Dios puso enemistades eternas entre el demonio y la mujer (Gn. 3,15) y prometió que el linaje de esta Mujer aplastaría la cabeza del soberbio, del padre de la mentira.

En este versículo de la Santa Biblia, llamado *Protoevangelio*, se nos revelan dos promesas consoladoras: una, que vendrá una Mujer —María— vencedora del demonio con su linaje, es decir, con su Hijo, Jesucristo nuestro Señor; y la otra, que pone enemistades eternas entre esa Mujer y el demonio.

La amistad con el demonio es el pecado. Por consiguiente, la Mujer a quien se refiere la promesa, María, no tendrá nunca pecado, porque siempre estará enemistada con el demonio: He aquí a la Madre inmaculada, es decir, adornada con la

gracia desde el primer instante de su concepción.

Y el Apocalipsis, último libro de la Escritura, hace eco al primero, describiendo una vez más la guerra entre la Mujer con su linaje y el dragón arrogante y por fin vencido. San Juan nos dice expresamente que este dragón es aquella antigua serpiente, llamada diablo y Satanás. (Ap 12,9).

Estos dos privilegios. Inseparablemente hermanados, anidaban en la mente de nuestro Dios, desde toda la eternidad, antes que criase cosa alguna. *«Aún no existían los abismos, y yo estaba ya concebida en el plan divino. Aún no había hecho la tierra, cuando preparaba los cielos, estaba yo presente...»*, «y cuando pensaba en su Hijo humanado pensaba también en la Mujer en que había de ser formado. Ella iba a ser Hija del Padre,

y Madre del Hijo, y Esposa del Espíritu Santo, y en este concierto de relaciones espirituales con la Trinidad, hubiese sido un desconcierto la más leve mancha».

Por eso era necesario ese privilegio de la concepción inmaculada, origen fontal de toda la maravillosa santidad de María.

Al principio todo quedó concentrado en lo más recóndito del alma de María. Dios fijó allí su morada. La Santísima Trinidad halló sus delicias en estar con aquella niña, habitando en Ella con la más perfecta presencia de intimidad que haya tenido jamás, produciendo una extraordinaria infusión de gracia santificante, virtudes y dones del Espíritu Santo.

Nunca, desde el principio del mundo, se había contemplado criatura más perfecta en



naturaleza y gracia. Aquella Niña admirable era el encanto de Dios. Rebosante de luz y de candor. Ella lo cantó más tarde con estas palabras: «*Porque el Omnipotente ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava; por ello me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha hecho en mí cosas grandes*» (Lc 1,48).

Estas cosas grandes consistían en los riquísimos adornos sobrenaturales y preternaturales sobreañadidos a la condición natural, en Ella tan exquisita.

Dios honra a su Madre

No debe extrañarnos. El Cuarto Mandamiento de la Ley de Dios dice: «*Honra a tu padre y a tu madre*».

Dios, y al crear a su divina Madre, la enriqueció con estos preciosos valores en grado eminentísimo, para nosotros incomprensibles: sustancialmente humilde, inmaculada, plena de gracia y con amor para nosotros infinito, amor aparte de todo lo creado, es decir, con mimo preñado de privilegios muy extraordinarios.

¿Qué hubiéramos hecho nosotros —y somos malos— si hubiéramos tenido la oportunidad y el poder de crear a nuestra madre? La hubiéramos creado sana, bellísima, inteligentísima, buenísima, santa y perfecta, dotada de todas las mejores cualidades que se nos hubieran ocurrido.

Dios, infinitamente bueno, sabio, poderoso, justo y agradecido como nadie, tuvo ocasión de poner en juego esta oportunidad tan grata... ¿Y le vamos a negar lo que cualquier hijo hubiera hecho por su madre?

Tal es el llamado argumento de Escoto: *potuit, deuit, ergo fecit* (Dios pudo hacer inmaculada a su Madre; era conveniente que la hiciera; luego la hizo).

Consecuencias

Por ser María Santísima Inmaculada, es decir, exenta del pecado original, fue liberada de las consecuencias de este pecado. Y por ello:

La Santísima Virgen María fue, por especial privilegio de Dios, enteramente inmune durante toda su vida de todo pecado actual, incluso levisimo.

Esto quiere decir, de una manera absoluta, que la bienaventurada Virgen no cometió jamás ningún pecado, ni mortal ni venial. En Ella se cumplió lo que se lee en el Cantar de los Cantares: «*Toda hermosa eres, amada mía, y no hay en ti mancha ninguna*» (Ct 4,7).

Además, la Virgen María no cometió jamás la menor *imperfección moral*. Siempre fue *fidelísima* a las inspiraciones del Espíritu Santo y practicó siempre la virtud *con la mayor intensidad* que en cada caso podía dar de sí y *por puro amor de Dios*, o sea con las disposiciones más perfectas con que puede practicarse la virtud.

Es imposible describir las ansias de entrega absoluta que se despertaron en aquella Niña al sentir la presencia de Dios dentro de sí, en el primer instante de su existencia... puestos los ojos siempre en el querer de Dios, «*como la esclava los tiene puestos en las manos de su señora...*».

En una entrega absoluta a Dios, en el más puro amor, amor de almas humildes, de-

licadas, agradecidas, que han comprendido con luz divina la grandeza, la santidad y hermosura de Dios y, generosas, corresponden con fidelidad a su llamada. Son almas heroicas; todo lo que hacen es santo.

Los santos Padres se atreven a llamar a María la sola electa, la «*única elegida*». San Alberto Magno dice que «*María estuvo siempre dignamente preparada por su humildad y por su dependencia a las generosidades del Dios Altísimo*».

La Santísima Virgen María fue enteramente libre de la inclinación al pecado, desde el primer instante de su concepción inmaculada.

En María Inmaculada no podía existir ni un pensamiento menos puro, ni un movimiento desordenado, ni una palabra menos perfecta, ni un deseo, ni una acción, que no fuera absolutamente buena. No podía existir ni un impulso, ni una intención, que no estuviera totalmente dedicada a Dios, ni la más pequeña cisura por donde se colara el egoísmo o la vanidad. Su oración, su trabajo, su descanso, todo era totalmente agradable a Dios, porque eran hechos por puro amor y con la mayor perfección, y siempre inducida por el Espíritu Santo.

Nosotros no podemos ni imaginarnos siquiera una pureza y una santidad tan excelsas. ¡Tan limpia e inmaculada quiso el Señor a la que había de ser su Madre y nuestra:

«*Bendita eres del Señor Dios excelso Tú, Virgen María, sobre todas las criaturas del Cielo y de la Tierra. Tú eres la gloria de Jerusalén, Tú la alegría de Israel, Tú la honra de nuestra raza*».

MARÍA VIVIÓ LA CONFIANZA SIN LÍMITE EN DIOS

Su pobreza

Este mes, que empieza con la Solemnidad de Todos los Santos y continúa recordando a los fieles difuntos, nos invita a pensar en la eternidad.

Eternidad. Y cuando reflexionamos en ella, nos perdemos en una prolongación interminable del tiempo. No es eso, precisamente. Sino la ausencia de tiempo y, por lo tanto, de cambio. Pensar a menudo en la eternidad nos da un peso y una paz grandes. Por lo pronto, nos hace poner las cosas en su sitio sin dar demasiada importancia a las que pasan... Y ya lo dice la palabra: pasan. Este vocablo castellano nos habla de algo que se desliza, que corre, que es pasajero...

Santa María fue la Madre de Aquél que no tiene principio ni fin. Ella sí que vivió con su corazón puesto en la eternidad. No se apejó a los bienes materiales de este mundo. Vivió despegada de todo para encontrarlo todo. ¿Lo haces tú así? ¿Cómo vives la pobreza? Sí..., la pobreza de dejar a un lado todo lo que pasa. Pobreza de todo lo pasajero...

Así nos lo predicaba el P. Molina:

«María vivió la pobreza, es decir la confianza total en el Padre. Esta confianza solo es real y verdadera en la renuncia a todo lo que al hombre le ofrece seguridad.

Es la plena disponibilidad de todo lo que se tiene y todo



Padre
Rodrigo
Molina
Rodríguez

lo que se es para ponerlo a disposición del mayor amor-servicio en perfecta comunidad fraternal de bienes, la propia que se vive en el Reino de los cielos.

La pobreza hizo de María una mujer que vivió la confianza sin límite en Dios; la hizo una mujer enteramente libre y una mujer enteramente consagrada a su prójimo.

María puso a Jesús en el mundo en el desasimiento más total: un infante en un pesebre, en una cueva.

La vida de María, vaciado total de todo lo que no sea la voluntad del Padre. Voluntad del Padre a la que hay que posponer hasta el mismo cariño santo a su Hijo: “Hijo, por qué así y

con nosotros...”. “Pues, ¿por qué me buscabais...?”.

El desprendimiento efectivo para una total identificación, hasta literal, con Cristo pobre es también exigencia de Jesús para todo el que quiera seguirle; siempre que esa pobreza no obste al mayor amor-servicio pedido por la Voluntad de Dios. El humilde evangélico, como Santa María, en la medida que es más humilde, en esa misma medida trata de parecerse más a Jesús escogiendo su mismo género de vida.

La riqueza da seguridad, es peso que horizontaliza al hombre. El pobre de espíritu, aligerado de este peso, se levanta hacia Dios, se eleva hacia Dios. El pobre de espíritu es el rico en Dios mediante la fe.

Esta pobreza de espíritu hace estridencia con la sociedad de consumo que hoy vivimos. El hombre moderno, que ignora el Evangelio, ha centrado su felicidad en tener cosas que satisfagan sus instintos. Para él la pobreza es indescifrable.

Pero para Jesús y María la pobreza voluntaria (reflejo visible de la pobreza de espíritu) es el estuche en el que pueden vivir la voluntad del Padre como el único tesoro de su propia existencia: “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todas esas cosas se os darán por añadidura”. (Mt 6, 33)».

María, ayúdanos a poner nuestro corazón en vigilancia continua para que no nos dejemos llevar por el afán de almacenar tesoros en la tierra donde la polilla los corroe y los ladrones los roban.

Ayúdanos a vivir en la esperanza de una vida sin fin.



¡EL AMOR SIEMPRE TRIUNFA!

“SÍ..., YO TE PERDONO LO QUE HAS HECHO...”

«**N**o mires atrás... Lo pasado ya no puede volver... Mira hacia adelante: mira que vas a encontrarte con Dios, y pídele perdón para que te admita en la vida que nunca se acaba...».

En Taipei, capital de la isla de Taiwán, estudia Rosa, joven universitaria, cuya madre, la señora Liu, viuda desde hace tres años, es profesora en un Colegio católico de Chiayi, a 260 kilómetros de Taipei.

Rosa redobla las muestras de cariño hacia su madre para que no se sienta en soledad de viuda: todas las semanas la llama por teléfono y cada dos días le escribe una carta. La muchacha es conocida por su fidelidad a la fe. Sabe que el patrimonio más valioso y más digno de ser custodiado en la familia es la fe y el amor a Je-

sucristo, con la caridad hacia el prójimo.

Otro estudiante, Yi-yi, aspira a ser su novio. Pero la respuesta de Rosa es terminante:

—No, Yi-yi. Para mí has sido un amigo, y puedes seguir siéndolo; pero novio, no: ya he dado a otro mi palabra y no puedo volverme atrás.

Días después la señora Liu recibe una noticia con la realidad desgarradora: «¡Rosa ha muerto incendiada por un hombre despechado y celoso!».

Pasado un mes, Yi-yi es condenado a muerte. En

este momento interviene un misionero, el Padre Marcelino Andreu quien escribe la carta que resumimos así:

«El 28 de octubre de 1983 me llamaron por teléfono desde un hotel. La señora Liu, recién llegada de Chiayi a Taipei, pedía la visita de un sacerdote.»

El asesino de su hija, condenado a muerte, le ha enviado frecuentes avisos, pidiendo que vaya a su cárcel porque quiere pedirle perdón; pero que ella no se sentía con fuerzas para esa entrevista.

La madre de Rosa quiere concederla; por eso,

ha venido a la capital; es una cristiana sencilla y humilde; muy digna en su inmenso dolor. Me dice que conoce su deber como discípula de Jesús: perdonar. Pero añade:

—¿No será eso traicionar a mi hija? Si perdono, ¿no me pongo de parte del asesino, abandonando a Rosa?

Hablamos durante más de una hora. Le recuerdo que su hija ha sido valiente y fiel, por encima de las amenazas y los halagos, por encima de la muerte; ha sido mártir de la fidelidad al amor prometido. Y añade:

—¿No cree usted, señora Liu, que Rosa no desea venganza, sino amor? ¿Y que usted perdone a Yi-yi, como ella misma le habrá perdonado antes de entrar en el cielo, donde todo es amor?

—Sí..., sí..., lo comprendo: lo perdonaré..., iré a la cárcel... Acompañeme usted, Padre.

Durante toda mi visita la señora Liu ha tenido el Rosario oprimido entre los dedos, como pidiendo fortaleza a la que también fue viuda y Madre con el alma traspasada de dolor...

Al día siguiente me esperan dos madres: la de Rosa (la víctima) y la de Yi-yi (el asesino). Los tres nos dirigimos a la cárcel, de máxima seguridad. El encarcelado, más conocido por su número 695 que por su

nombre, aparece ante nosotros, tras fuertes rejas de hierro y doble cristal.

La señora Liu, respondiendo a las peticiones que Yi-yi le presentara, en el silencio admirado y respetuoso de los que estamos con ella, le dice:

—Sí..., yo te perdono lo que has hecho...

Hace una breve pausa. Aprieta su Rosario en la mano izquierda y, sin que nadie se lo haya pedido ni sugerido, promete a Yi-yi, que escucha, inmóvil, atentísimo:

— Si una carta mía al Tribunal Supremo, diciendo que te he perdonado, puede servir para que te conmuten la pena de muerte, yo escribiré esa carta. No mires atrás... Lo pasado ya no puede volver... Mira hacia adelante: mira que vas a encontrarte con Dios, y pídele perdón, para que te admita en la vida que nunca se acaba...

El encarcelado insiste en deplorar su crimen, y oímos a la señora Liu que le repite:

«No mires hacia lo pasado..., mira hacia Dios». Luego ella, refiriéndose a unos bienes que Yi-yi le ofrecía, responde así:

—No; ese dinero no puede ser para mí, Dios nos manda honrar a nuestros padres. Entrega a tu madre ese dinero.

Terminada la visita y ya en el jardín, la señora Liu está casi desfallecida. El esfuerzo espiritual y la tensión de esos veinte minutos han sido agotadores. Pero está contenta de lo que ha hecho y acepta mis felicitaciones y enhorabuenas por haber conseguido que el amor triunfe sobre la venganza».

La carta de la señora Liu, aunque no consiguió que el Tribunal Supremo conmutara la sentencia de pena capital, es un monumento perenne, un ejemplo conmovedor de cómo una madre católica, no solo perdonó al asesino de su queridísima hija, sino que le favoreció en todo lo que estuvo a su alcance, mientras apretaba el rosario... ¡He ahí la fuerza de la fe en Jesús y en su Madre..., he ahí la fuerza del amor a Jesús y su Madre!





¡MARÍA!...

*Ella es nuestro
recurso ordinario*

SAN MARCELINO CHAMPAGNAT

En sus largas conversaciones con la Virgen, San Marcelino comprendió que Dios quería santificarlo y prepararlo para trabajar en la santificación del prójimo por medio de una devoción especial a esta divina Madre. Desde entonces tomó por divisa: *Todo a Jesús por María, y todo a María para Jesús.* Esta máxima nos manifiesta el espíritu que le guio y que fue la norma de conducta durante toda su vida.

El fundador de los Hermanos Maristas de la Enseñanza o Hermanitos de María nació el 20 de mayo de 1789 en Marllhes, un pueblo de las montañas del Centro-Este de Francia, en el momento en que estalla la Revolución Francesa.

Es el noveno hijo de una familia profundamente cristiana.

Cuando Marcelino tiene catorce años, un sacerdote le hace descubrir que Dios le llama al sacerdocio.

En el seminario mayor de

Lyon tiene por compañeros, entre otros, a Juan María Vianney, futuro Cura de Ars, y a Juan Claudio Colin, que más tarde será el fundador de los Padres Maristas.

Gustaba de visitar con frecuencia a María y en sus largas conversaciones con Ella, comprendió que Dios quería santificarlo y prepararlo para trabajar en la santificación del prójimo por medio de una devoción especial a esta divina Madre. Desde entonces tomó por divisa: *Todo a Jesús por María, y todo a María para Jesús.* Esta

máxima nos manifiesta el espíritu que le guio y que fue la norma de conducta durante toda su vida.

Conmovido por la miseria cultural y espiritual de los niños de los pueblos, Marcelino siente la urgencia de crear una congregación de Hermanos que se dedicara a la educación cristiana de la juventud y darle el nombre de la que le había inspirado dicho proyecto. Pensó que el solo nombre de María sería suficiente para atraer candidatos a la congregación que pensaba fundar. No se equivocó.

Al día siguiente de su ordenación sacerdotal, ocurrida el 22 de julio de 1816, este grupo de sacerdotes jóvenes peregrinaron al santuario de Ntra. Sra. de Fourvière para colocar su proyecto bajo su maternal protección.

Ya desde el primer año de su ministerio estableció en la parroquia el piadoso ejercicio del Mes de María, por entonces poco difundido, y que, años más tarde, produciría tan copiosos frutos de salvación en todo el mundo cristiano. Cada mañana dirigía él mismo este ejercicio. Muy pronto el ejercicio del Mes de María se celebraba en todos los caseríos, e incluso cada familia erigió su oratorio donde se reunía al caer la tarde ante la imagen de la Reina del cielo para implorar su protección, cantar sus alabanzas y meditar sus privilegios y bondades.

A todas las prácticas de piedad establecidas en el Instituto para honrar a la Madre de Dios: el oficio, el Rosario, el rezo del Ave María al dar las horas... añade dos cosas indispensables, que deben ser el complemento del culto a María, y consecuencia de la devoción que se le profesa:

La primera es la imitación de sus virtudes: Asimilar su espíritu e imitar su humildad, modestia, pureza y amor a Jesucristo. La vida pobre y oculta de la divina Madre y los ejemplos sublimes que nos dejó deben ser la norma de conducta.

La segunda es que los Hermanos se sientan especialmente obligados a hacerla conocer y amar, extender su culto e inspirar su devoción a los niños. Estaba persuadido de que la devoción a María es señal de predestinación; y le gustaba repetir en sus instrucciones:

«La salvación procede de los judíos, decía nuestro divino Salvador a la samaritana (Jn 4, 23). Queridos Hermanos, con mucha mayor razón, nosotros podemos decir que la salvación viene de María. De ella nació Jesús; por ella bajó del cielo para salvar a los hombres; por su medio e intercesión realizó la primera aplicación de sus méritos en la santificación de san Juan Bautista (Lc 1, 44); por sus ruegos realizó su primer milagro (Jn 2, 1-11), desde lo alto de la cruz la confía a todos los hombres, en la persona del discípulo amado (Jn 19, 25-27), para darnos a entender que es nuestra Madre, y que, por medio de Ella, quiere otorgarnos su gracia y aplicarnos los méritos de su muerte y de su cruz. Pues bien, si las gracias se conceden por medio de María, y si para salvarnos necesitamos su intercesión, hemos de concluir que la salvación de los hombres depende de su devoción a la Santísima Virgen y de la confianza sin límites en su protección. Por eso, si tenéis la dicha de infundir esa preciosa devoción en el corazón de los niños, los habéis

salvado. Pues, una de dos: o no se apartarán demasiado del camino de la virtud, o regresarán a él por medio de aquella a quien a Iglesia invoca como Madre de misericordia y refugio de pecadores».

Un día se encontró con un Hermano que no llevaba el Rosario, por haber cambiado de hábito. «Si amara a la Santísima Virgen -le dijo-, si supiera lo útil que le puede resultar el rosario en los momentos de peligro y las bendiciones que le atrae cuando lo lleva, no lo dejaría olvidado con tanta facilidad».

Cuando había encomendado a la Santísima Virgen algún asunto, cualquiera que fuera el cariz que tomara, permanecía sereno, totalmente confiado. «No tengáis miedo alguno -decía-; las apariencias están contra nosotros, pero María lo solucionará todo, y sabrá superar las dificultades, dominar los acontecimientos y hacerlos redundar en favor nuestro». Todo lo esperaba de su protección. MARÍA ES NUESTRO RECURSO ORDINARIO era su expresión favorita.

Al fin, la enfermedad logró vencer su robusta constitución. Agotado por el trabajo, el P. Champagnat murió a la edad de 51 años el 6 de junio de 1840. Fue beatificado el 29 de mayo de 1955 por Pío XII y San Juan Pablo II lo canonizó el 18 de abril de 1999.

“...LA SALVACIÓN VIENE DE MARÍA. POR ELLA BAJÓ JESÚS DEL CIELO PARA SALVAR A LOS HOMBRES; POR SUS RUEGOS REALIZÓ SU PRIMER MILAGRO, DESDE LO ALTO DE LA CRUZ LA CONFÍA A TODOS LOS HOMBRES...”



EL REZO DEL
Santo Rosario
EN FAMILIA PARA SALVAR A LA FAMILIA

«**L**a batalla final entre Dios y Satanás tendrá lugar en el terreno del matrimonio y la familia». Así lo afirmó la vidente de Fátima, la Hermana M^a Lucía de Jesús y del Corazón Inmaculado, en una larga carta dirigida al ya fallecido cardenal Carlo Caffarra (arzobispo emérito de Bolonia), en la que también le advirtió acerca de los ataques que tendrían que afrontar quienes defendieran el matrimonio y la familia. Pero, «no teman, —añadió— porque cualquiera que actúe a favor de la santidad del Matrimonio y de la Familia siempre será combatido y enfrentado en todas las formas, porque ésta es el punto decisivo». Después concluyó: «Sin embargo, Nuestra Señora ya ha aplastado su cabeza».

La familia es el punto medular de la sociedad, ya que toca el fundamento de la creación, la verdad de la relación entre el hombre y la mujer entre las generaciones. Si el pilar fundamental es trastocado, todo el edificio se colapsa.

Cuando hoy vemos que la familia se deteriora, es más necesario que nunca elevar nuestros ojos hacia el Hogar de Nazaret, para comprender que solo en Cristo la familia puede realizar su ideal, pues solo Él une, da cohesión y hace a cada uno de los cónyuges e hijos capaces de amar generosamente, de perdonar, de darse sin medida, de comprender. Sin Cristo, el hombre y la familia, dejados a su debilidad, sucumben, los hijos se extravían, el amor de los esposos se apaga.

En nuestro mundo actual es preciso salvar a la familia, tan atacada por tantos flancos: divorcio, infidelidad, mentalidad hedonista, individualismo egoísta, anticoncepción, aborto, educación de los niños en ideologías perversas... Hay que salvarla promoviendo la dignidad humana, la santidad del matrimonio y la santidad de los esposos, formando a los jóvenes en el amor auténtico, en la pureza, en la responsabilidad, en la entrega y capacidad de donación.

Todos tenemos parte en esta gran tarea de salvar a la familia. El campo de batalla es la familia: la vida y la familia. Y el arma infalible: el rezo diario del Santo Rosario. En familia.

Veamos el testimonio unánime de los santos:

«Ojalá resurgiese la hermosa costumbre de rezar el rosario en familia». (S. Juan Pablo II)

«En continuidad con nuestros predecesores, recomendamos vivamente el **rezo del Santo Rosario en familia**: el Rosario debe ser considerado como una de las más excelentes y eficaces oraciones comunes que la familia cristiana está invitada a rezar. Nos deseamos vivamente que cuando un **encuentro familiar** se convierte en tiempo de oración, el Rosario sea su expresión frecuente y preferida». (San Pablo VI)

«Si queréis que la paz reine en vuestros corazones, en vuestra familia y en vuestra patria, **rezad todos los días en el seno del hogar el Santo Rosario**, pues no es otra cosa que el mismo Evangelio compendiado, el cual dará a los que lo recen la paz santa prometida en las Sagradas Escrituras... Amad el rosario. Rezadlo con amor y devoción». (Beato Pío IX)

«¿Qué forma de oración en común podría ser más sencilla y más eficaz que el **Rosario en familia**, en el que los padres e hijos se unen, para suplicar al Eterno Padre, por intercesión de la Virgen Madre, mientras meditan sobre los Misterios de nuestra fe?... No hay un medio más seguro para invocar las bendiciones de Dios sobre la familia y, sobre todo, para preservar la paz y la felicidad de la casa, que el rezo cotidiano del Rosario». (Pío XII)

«En vano, se busca llevar remedio a la situación decadente de la vida civil, si la sociedad doméstica (= la familia) ... no es diligentemente reconducida a las normas del Evangelio. Para realizar un deber tan arduo, Nos afirmamos que la **recitación del Santo Rosario en familia** es el medio más eficaz». (Pío XII)

«... Felices aquellas... familias que **rezan bien el Santo Rosario**, pues María les obtendrá en la vida y en la hora de la muerte, y después la gloria en la Patria celestial». (San Antonio M^a Claret)

Jesús, María y José se nos muestran como un modelo a seguir.

La salvación tuvo su origen en el seno de una familia. Fue exigencia de Dios que Jesús viviese largos años la existencia laboriosa de un hombre cualquiera en una familia cualquiera. Jesús empezó a salvar desde el interior de una familia, en el seno de la Sagrada Familia.

En la bendita convivencia familiar del humilde hogar de Nazaret y en las simples tareas de un modesto taller artesano Jesús, María y José regeneraban con una pobre historia humana, pero divinamente vivida, la historia de la humanidad. Es el valor divino de todo lo humano.

El Hijo de Dios, el Verbo de Dios encarnado, quiso nacer en una familia, quiso depender de un padre y una madre, para mostrarnos la importancia que tiene la misión de los padres en la formación de los hijos.

Pidamos a la Sagrada Familia la humildad y valentía de defender la dignidad y santidad de las familias y una bendición especial para todas las familias del mundo.



Cardenal Carlo Caffarra

CONSAGRACIÓN, CAMINO PARA LA

Santidad

En este mes de noviembre, mes de todos los Santos, continuamos con el tema de nuestra Consagración a Santa María. Ella es Reina de todos los santos (*Regina Omnium Sanctorum*).

Consagrarse a María implica para nosotros un elemento negativo y otro positivo: separarnos y alejarnos de toda profanidad; desasirnos, despojarnos, renunciarnos a nosotros mismos; y ofrecernos y entregarnos a María. Es lo que decíamos de ese ablandamiento para introducirse en su molde.

Santa María, como Madre de Jesucristo, es Madre también de su Cuerpo Místico y, más en concreto, de los santos y justos que viven en la tierra en amistad de Dios.

La gracia es un auxilio que Dios nos da, ayudas, inspiraciones. Sin ella no podemos nada en orden a nuestra salvación, a lo sobrenatural. Es necesaria. Con ella, Dios se adelanta y nos ayuda. En el interior el Espíritu Santo mueve nuestro corazón, lo dirige a Dios, nos abre los ojos del espíritu y concede un gusto en aceptar y creer la verdad. Y con la Virgen esto es más fácil. La sola invocación de su nombre –María– da oxígeno al

alma, la abre. Es cierto que podemos resistirnos a esta moción-ayuda de Dios, pero ¿quién resiste a una Madre como María?

Nuestra consagración es una gracia grande que Dios nos concede, casi una señal de predestinación que Dios da a los que quiere salvar. Si somos de María, y ponemos nuestro esfuerzo, podemos avanzar con esperanza y alegría.

Consagrarse es un acto voluntario que ratifica nuestro bautismo, lo refuerza, nos unimos más íntimamente a Jesús por Ella. Aspiramos a su mayor cercanía y presencia.

Dado que María es Madre santísima y divina, quien así se consagra a Ella, queda personalmente y verdaderamente consagrado, configurado y dedicado a Jesús.

Así también muchos poetas lo expresaron hermosamente:

“Virgen Santa, Reina y Madre mía, tuyo soy: corazón y amor, mente y pensamientos, palabras y acciones, todo lo dedico y consagró a ti, Señora; y por tus manos, a tu Hijo”. (Juan de los Ángeles)

“A ti sola me ofrezco, / a ti consagro cuanto yo alcanzaré. / Nací para ser tuyo. / Viviré si esta gloria conservaré. / La libertad rehúyo; / y mientras yo reinare, / olvídeme de mí si te olvidaré”. (Fray Luis de León)

“Buen Jesús, por el amor con que amas a tu Madre, haz que la ame de verdad, como la amas tú y quieres que yo la ame. Buena Ma-

dre, por el amor con que amas a tu Hijo, consígueme que lo ame de verdad, como tú lo amas, y quieres que se le ame”. (San Anselmo)

“Ser santo, ser Jesús, en el cual somos hijos de Dios y de la Virgen, es tener, para con su Madre y nuestra, los sentimientos que Él tenía. Ser filialmente de María es ser Jesús totalmente, seguramente, perfectamente y más fácilmente”. (Arcadio Larraona)

San Pablo VI llama dichosos a los hijos fieles de la Virgen:

“Dichosos los que, formados y educados en el culto y veneración a María, sabéis por propia experiencia que Ella no solamente no os aleja de Jesús, sino que es Ella quien a Él os conduce, y os une, y os adhiere y os fusiona con Cristo”. (25-IX-1966)

Consagración, camino regio para la santidad

La santidad es la respuesta fiel de cada bautizado a las gracias y a la Voluntad de Dios. Es la unión con Él. Ser perfectos en la caridad como Él lo es.

La consagración no nos hace santos, pero nos pone en un estado que hace más fácil este seguimiento fiel a Jesús y María. Vivir esta consagración con amor filial, guiados por el Espíritu Santo, lleva hasta este fin. Nos fundimos en María, la imitamos. Ella es nuestro modelo.

“Santa María es esa mujer en la que el hombre queda restituido a su santidad pri-

mitiva; a la perfección con la que salió de las manos de Dios” (P. Molina).

San Maximiliano M^a Kolbe, muy devoto de la Virgen de la Medalla milagrosa, la Inmaculada, decía en su fórmula consecratoria: *“Verdaderamente, tu sola presencia atrae las gracias que convierten y santifican las almas”*. Repartió cientos de estas medallas, y quería llevar a toda la humanidad a María, bajo los rayos de sus gracias.

María nos atraerá las gracias, es muy generosa. Nos concederá las que necesitemos, y más si la hemos metido en nuestras vidas. Nos cuidará como una buena madre. La condición es pedir las: *“Pedid y recibiréis”*.

Todo es gracia. Como Ella es la mediadora de las gracias por voluntad de Dios, tenemos con María asegurado el auxilio de Dios. Además, después de pedir, debemos poner los medios, y no esperar a sentir para empezar a obrar.

¡Reina de todos los santos, haznos copias vivas tuyas, para ser mejor copias de Nuestro Señor!

CONSAGRARSE ES UN ACTO VOLUNTARIO QUE RATIFICA NUESTRO BAUTISMO, LO REFUERZA, NOS UNIMOS MÁS ÍNTIMAMENTE A JESÚS POR ELLA. ASPIRAMOS A SU MAYOR CERCANÍA Y PRESENCIA.

Las Bienaventuranzas

BIENAVENTURADOS LOS POBRES EN EL ESPÍRITU

Los pobres de espíritu son los conscientes de su grandeza en Dios y desde Dios, los emprendedores de las grandes obras de la gloria de Dios con riesgo valiente porque son los que se han puesto en la situación ideal para llenarse de Dios.

La única palabra que María ha dirigido a los hombres y que ha quedado consignada en el Evangelio fue dicha en el contexto de las bodas de Caná: «*Haced cuanto Él os diga*» (Jn 2, 5).

¿Y qué nos **dice** Jesús? Jesús es LA PALABRA de Dios, que nos revela toda la intimidad del corazón de Dios. La Palabra de Dios es Vida. Aceptarla es Paz. Entenderla y comprenderla en silencio afectuoso es dialogar con Dios.

Iniciamos en este número de *Lumen Reginae* una serie de reflexiones a las Palabras de Jesús, que la Virgen Santísima hizo vida antes que Jesús las proclamara para enseñanza nuestra.

Jesús comenzó su predicación en el Sermón del Monte con las *Bienaventuranzas*. En cada «bienaventuranza» se dicen tres cosas: 1º. que uno es feliz; 2º. qué es lo que le hace o hará feliz; 3º. por qué disposición personal entra en dicha felicidad.

En ellas Jesús nos dio la esencia de la santidad, sus líneas maestras: en qué está la santidad y en qué consiste.

Las ocho Bienaventuranzas no describen distintas categorías de personas. Son rasgos de un mismo rostro ideal; facetas de un diamante único, indivisible. En cada discípulo, en cada santo, vemos destacado un rasgo más

que otro. Jesús y María las realizaron todas en plenitud y exacta armonía: las Bienaventuranzas son su autorretrato espiritual.

Y es la primera: «*Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos*». (Mt 5, 3).

¿Quiénes son los pobres de espíritu, a quienes Jesús llama felices, bienaventurados, porque de ellos es el reino de los cielos?

Jesús nos dio ejemplo. Lo dijo San Pablo: «*Tened vosotros y entre vosotros, el mismo comportamiento que Cristo Jesús, el cual a pesar de ser Dios, no se aferró a su excelencia de ser Dios; al contrario se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, y quedando así en semejanza de hombre, se abajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz*» (Fil 2,5).

Esa acción verbal «despojarse», «vaciar» fue el telón de fondo de todo el actuar de Jesús. Por eso todo seguidor de Cristo debe «compartir», «asimilar» ese modo de ser y de proceder de Jesús.

Los pobres en el espíritu son los conscientes de su nada, los despegados de toda estima propia.

Los pobres de espíritu son los conscientes de su grandeza en Dios y desde Dios, los emprendedores de las grandes obras de

la gloria de Dios con riesgo valiente porque son los que se han puesto en la situación ideal para llenarse de Dios.

La palabra castellana «pobres» traduce la palabra griega «*tojai*», traducción de la hebrea «*anaw*». *Anaw* es un vocablo hebreo cuyo contenido conceptual físico, es el de: curvado, abajado, incapaz de resistir; débil; sin defensa ante el prepotente que lo oprime. Y cuyo contenido conceptual traslaticio es el de: el hombre religioso-piadoso que blando-firme se somete a Dios y su Providencia, pone su confianza en Dios y se entrega incondicional e ilimitadamente a Dios.

Sabe que cuando entra en el dolor, entra por ser esa la Providencia de Dios. Por eso no se resuelve en desesperación sino en esperanza en Dios.

Los pobres son los que con una larga experiencia de miseria total han aprendido a no contar más que con la salvación de Dios.

¿Y por qué es eso así? ¿Qué sabiduría la de Jesús!

Porque en la «pobreza» quedo libre de toda ligadura de egoísmo siempre inmovilizante, quedo desamarrado de toda esa infinita gama de seguridades, al margen de la única seguridad segura que es la Voluntad de Dios.

Mi «pobreza», para imitar la de Jesús, debe ser doble. Debe ser «pobreza-despojo» a nivel del ser y a nivel del tener.

«Pobreza-despojo» al nivel del

ser es la carencia de toda propia excelencia desordenada. La excelencia que da el poseer poder, el poseer prestigio, ciencia, calidad, personalidad, independencia.

«Pobreza-despojo» al nivel del tener es la carencia de todo esto sensible exterior que llamamos bienes materiales, riquezas, abundancia y confort que dan seguridad, que tanto cotizan los hombres.

El vaciado a nivel del tener sin el vaciado a nivel del ser no tiene sentido, es puro esqueleto, pura apariencia, oropel, ficción, hipocresía.

La Virgen fue realmente pobre

Nuestra Señora careció realmente de abundantes bienes de fortuna. Esto es un hecho comprobable a lo largo de toda su vida.

Esa pobreza brilló con esplendor soberano en Belén, donde no encontraron alojamiento ni siquiera en el mesón (Lc 2,7). Si hubieran sido ricos, a buen seguro que no les faltara hospedaje.

Al llegar el momento de la purificación, sabemos que la ofrenda de la Madre del Señor fue «dos tórtolas o pichones» (Lev 12,8). Prueba evidente de que la Virgen carecía de recursos.

En Egipto, como emigrantes pobres, pasan horas y días amargos hasta que logran afianzarse y encontrar un cobijo y medios de subsistencia. María experimentó en carne viva las amargas y privaciones inherentes a esa condición de emigrantes.

La pobreza de María llegó a su mayor grado cuando expiró Cristo en la cruz. El nazareno no pudo dejar a su Madre nada en herencia para su sustento. A partir de aquel momento, todo su caudal consistía en la generosidad de los fieles y en los filiales desvelos del apóstol San Juan.

María fue pobre de espíritu. Esa carencia de bienes de fortuna no fue solo un hecho material: estuvo en todo tiempo acompañada del más perfecto desprendimiento afectivo. El Magnificat, canto de los «anawim», hace resaltar netamente el sentido que la Biblia atribuye a la palabra «pobres». Los humildes y piadosos que esperan en Dios. María no solo pertenece a ese grupo escogido, sino que en su cántico se convierte en su panegirista y defensora.





Por Cristo al Padre

«**P**adre, que estemos en comunión contigo y con tu Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 3). La revelación de Dios a los hombres comienza en el paraíso terrenal cuando, antes del pecado, Dios mismo conversaba con nuestros primeros padres (cf. Gn 3, 8); prosigue luego a través de los patriarcas y los profetas, pero alcanza su plenitud solamente en Cristo, Hijo de Dios. «De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (Hb 1, 1-2).

Reservó al Hijo de Dios la misión de revelar al mundo el misterio más sublime, tocante a su vida íntima, el misterio de la Santísima Trinidad. Solo el Unigénito del Padre, que es «Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero..., de la misma naturaleza que el Padre» (Credo), podría descubrir al hombre el secreto del misterioso incesante fluir de vida divina que se difunde desde siempre en el seno de la Trinidad: flujo de luz, de amor y de fecundidad infinita que circula en las tres Personas, que son perfectamente iguales, coeternas e infinitas, pero diferentes

aun en la unidad de su idéntica naturaleza.

Dice Jesús en su oración al Padre: «*Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo*» (Jn 17, 3); y en efecto, Jesús ha dado a conocer al Padre, Padre suyo y Padre nuestro (cf. Jn 20,17), su bondad, su misericordia, su providencia, su amor infinito, diciendo de él: «*El Padre os quiere*» (Jn 16, 27). Y al dar a conocer al Padre, se ha dado a conocer a sí mismo y viceversa: «*El Padre y yo somos una sola cosa. El que me ha visto a mí, ha visto al Padre... Yo*

estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn 10, 30; 14, 9-10); y ha hablado del Espíritu Santo que completaría su obra: «*El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho*» (Jn 14, 25-26). Justamente comenta el evangelista San Juan: «*A Dios nadie le ha visto nunca; el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado*» (Jn 1, 18).

Cristo nos revela la Trinidad y nos conduce a la Trinidad. «*Yo soy la vida*», repite; y añade: «*nadie va al Padre sino por mí*» (Jn

14, 6). Cuanto más unidos estemos a Cristo mediante la fe y el amor, más unidos estaremos, en Él y por Él, a la Trinidad: «Si alguno me ama..., mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14, 23).

De modo muy particular pone Cristo al hombre en relación con la Trinidad por medio de la Eucaristía. Jesús, presente en el corazón del fiel por el Sacramento, podría repetir sus profundas palabras: «El que me ha enviado está conmigo, no me ha dejado solo. Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn 8, 29; 14, 11); por la inseparabilidad de las tres Personas divinas, donde está el Hijo, está también el Padre y el Espíritu Santo.

La Eucaristía alimenta no solo la vida de unión con Cristo, sino también la comunión incesante con las tres Personas divinas.

Por lo demás la Eucaristía es el don de la Trinidad: «Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo» (Jn 6, 32), ha dicho Jesús.

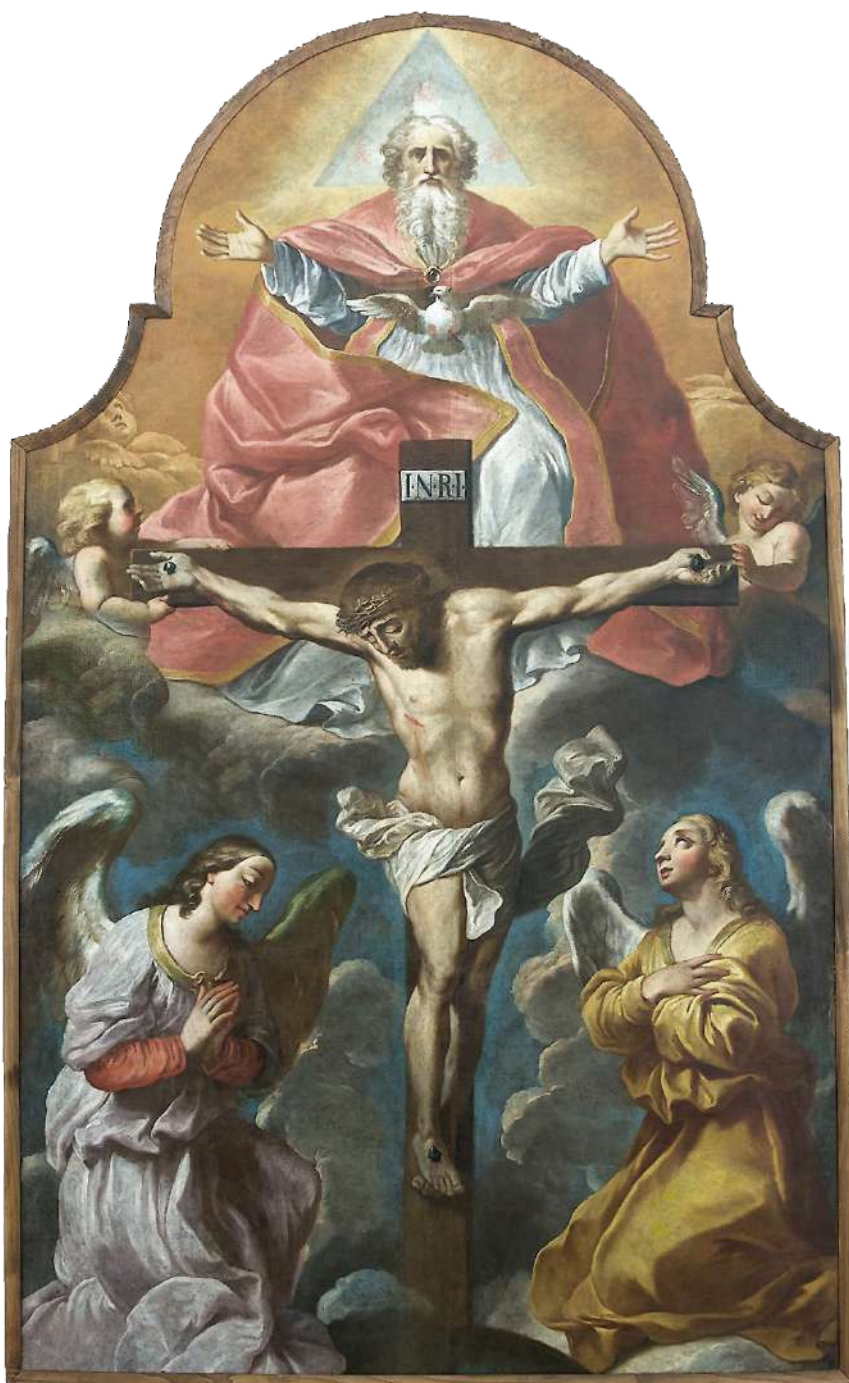
Recemos con San Agustín: «Señor y Dios mío, en Ti creo, Padre, Hijo y Espíritu Santo... Fija la mirada de mi atención en esta regla de fe, te he buscado según mis fuerzas y en la medida que Tú me hiciste poder, y anhelé ver con mi inteligencia lo que creía mi fe, y disputé y me afané en demasía. Señor y Dios mío, mi única esperanza, óyeme para que no sucumba al desaliento

y deje de buscarte; ansíe siempre tu rostro con ardor. Dame fuerzas para la búsqueda, Tú que hiciste te encontrara y me has dado esperanzas de un conocimiento más perfecto.

Ante Ti está mi firmeza y mi debilidad: sane ésta, conserve aquélla. Ante Ti está mi ciencia y mi ignorancia: si me abres, recibe al que entra; si me cierras el postigo, abre al que llama. Haz que

me acuerde de ti, te comprenda y te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta mi reforma completa...

Quando arribemos a tu presencia, cesarán estas muchas cosas que ahora hablamos sin entenderlas, y Tú permanecerás todo en todos, y entonces modularemos un cántico eterno, loándote a un tiempo unidos todos en Ti». (S. Agustín, *De Trinitate*, XV, 28, 51).



“Tenemos que hacer sonreír a Dios y para esto no hace falta hacer obras grandes, sino obras que cautiven su Corazón: obras de puro amor”.

(M. M^ª Teresa De Simone)



1-2 Celebración de la Fiesta de la Luz con el grupo de niños en la sede de Madrid (España), 3-4 Celebración de la Fiesta de la luz en el Didascalio de Pomacanchi (Perú), 5-6 Celebración de San Martín de Porres en el Centro de Apoyo Social de Acopía (Perú) con la participación de los miembros del Reinado de María, 7 Procesión con Nuestra Señora en Union City como cierre del Mes del Santo Rosario. (EEUU), 8-9 Celebración del Primer Sábado de Mes con los más pequeños. (Chile), 10 Entrega de Santos Rosarios a los adoradores y miembros del Reinado de María en la clausura del Mes del Rosario. (Chile), 11-12 Grupo de niños Amigos de María que quieren CONSOLAR A JESÚS. Los más pequeños son alumnos del Didascalio San José Obrero de Cusco (Perú), 13 Jornadas Marianas para la difusión del rezo del Santo Rosario (Chile).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

